

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

*Año VIII*

*Barcelona 16 de Diciembre de 1897*

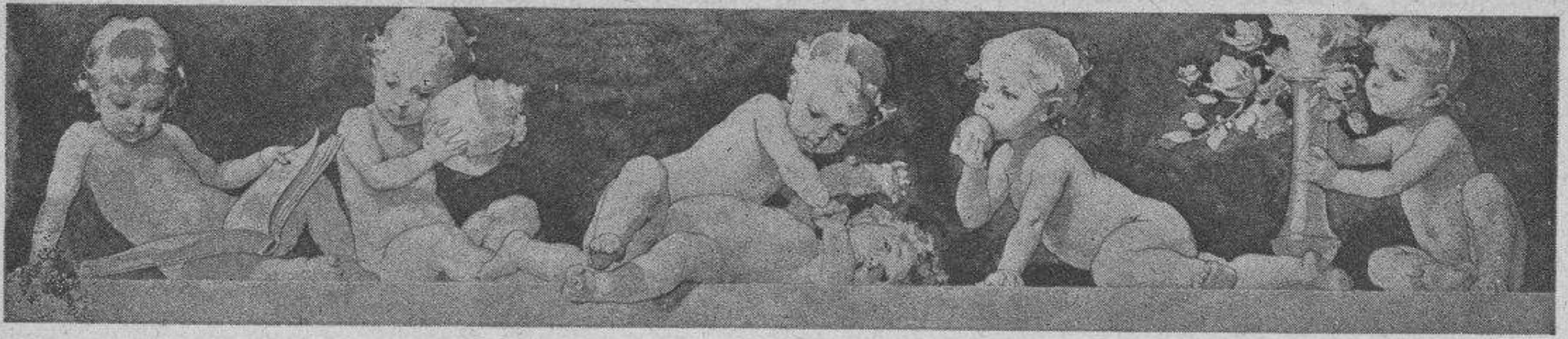
*Núm. 369*

## BELLEZAS ORIENTALES



Una odalisca gitana.  
¡Mírala fijo á los ojos  
y verás cómo te mata!





## Burlas y veras

Pues dígame, amigo Luján, que Zorrilla era grande entre los grandes, máximo, ilustre, y merecido se tenía su derecho á vivir como los príncipes.

¿Y qué?

¿No sabemos todos que Zorrilla echó la casa por la ventana?

¿Qué culpa tiene la nación de que él muriera pobre?

Zorrilla no supo nunca que cinco duros valían cien reales, y ahí tienes planteado el problema.

No le des vueltas: has dicho con un *humorismo* (aceptemos la palabra) fino, finísimo, (que para sí quisieran muchos de los que escriben... en cómico) cosas que yo tengo por adorables acerca de la vida; pero, ¡ay amigo! tú estás acostumbrado á fumar y á ver las espirales del humo de tu cigarro cuando fumas! ¡Tú no sabes contar los céntimos que representan todas esas nubes que echas en bocanadas tibias á la atmósfera!

Lo repito: ¿qué culpa tiene la sociedad de que mientras otro se traga media cajetilla de cuarenta, tú disipes, (disputando con los amigos de asuntos que á nadie importan ó cazando ideas con la misma paciencia del que pesca anguilas), no media, ni una, sino dos?

Fueras práctico y no te ocurriría semejante desgracia; hicieras lo que yo, que ya que tolero el vicio, sé andar á la greña con él, y así ni echarías la culpa á quien no la tiene de que no hayas aprendido partida doble, ni dejarías de disfrutar las ventajas de que yo gozo: y son que fumo Susinis, de los de á cincuenta... ni más ni menos que por durarme el paquete treinta y seis horas largas, á veces cuarenta y ocho, y eso que entran diez y siete cigarrillos en combinación.

Yo sé contar y tú no... Zorrilla medía muy bien los versos; pero estoy seguro de que no contaba las sílabas... como las hemos contado todos cuando el señor Catedrático del instituto se empeñaba en que habíamos de componer sonetos y romances burdos. Y consiste en que Zorrilla era un poeta, según te he oído decir más de una vez que entiendes tú el ser poeta, y siéndolo en tal guisa, naturalmente que no había de silabear... por los dedos como las viejas que pasan las cuentas del lavado.

Aquí tienes la desgracia del gran hombre. Vivió pobre, porque para él no tuvo valor el dinero, y anduvo á la zarpa con la fortuna, acaso por no estar al tanto de lo que es la vida; por confundir los términos de la cuestión; por creer que deben y pueden resolverlo los psicólogos, siendo así que se reduce á matemáticas puras: á una regla de tres... simple ¡y tan simple! ¿Hay quién ignore que Zorrilla, siendomuy desgraciado, pudo ser muy feliz? Y ahora hablo de la malhadada proposición aritmética, porque si á psicologías fuéramos, no dando como no daba el ilustre valor alguno al dinero, ¿quién osará señalar los adarques de bienandanza, de goce y de satisfacción que entraron en el inmenso cubo (porque resulta inmenso) de su existencia?

¡Que empeñó las coronas!

Bien hizo; sabiduría fué la suya, si eso le resolvió el problema de ir tirando del cordel deleznable de la vida, proporcionándose de paso algún placer más rico que el de contemplar en su despacho aquellos ejemplares de una gloria que él seguramente tenía



por vana. ¡Humo, el mismo humo que tú y yo y tantos otros fumadores disipamos, dando á la tabacalera cuarenta céntimos por una cajetilla!

Estoy conforme si dices que los escritores deben vivir como príncipes que son, y si añades que los pueblos deben honrar, mimar y enriquecer á los ingenios; pero tengamos aquí el caso del reparto de bienes: ¿si distribuyes entre dos una fortuna, y mientras éste la prospera el otro la derrocha, será justo que el hacendoso vuelva á partir su dinero con el disipador?

Malo es que los poetas no puedan comer, pero mira, que aprendan matemáticas.

\* \* \*

Y ahora, para concluir, dígame que las burlas las has empleado tú, encargándome las palabras de esta semana, porque veo que las veras son las que yo te endilgo.

¿Para qué me metes en tales trotes? Es una injusticia, es un abuso más, como tantos abusos é injusticias que se cometen en el mundo, donde ya sabes que no va nada á derechas, y que lo que tú dices de los escritores puede aplicarse á otros muchos infelices.

¿Pues qué, los poetas son más criaturas de Dios que los obreros á quienes acorrala la menguada estrechez de los Municipios, y que ese maestro de quien hablan las gacetillas y que corre la ceca y la meca en busca de sus atrasos?

CLAUDIO UGENA.

### S A R G E N T



Después de la batalla

La lucha ha inspirado á todos los artistas, músicos, pintores, poetas... escenas magistrales; este episodio de la guerra franco-prusiana es sentidísimo; ha terminado una acción; las figuras de último término sienten la embriaguez de la victoria, pero ¡qué deliciosa poesía se descubre en el apretón de manos del jefe despidiéndose del soldado porque la vida se le escapa, y haciéndole jurar, sin duda, que seguirá sacrificándose al honor de su bandera, en el sable roto, y en la pesadumbre del héroe anónimo! A través de la sombra de muerte que flota sobre ellos, á pesar de sus figuras derrotadas y lívidas, se adivina el deseo vehementísimo y sublime de que comience de nuevo el combate para vengar á la patria.





Él. — ¡Qué linda! ¡qué hermosa! Si usted quisiera, hacía yo locuras.  
Ella (mentalmente). — Ese hombre se figura que su gabán le resguarda lo mismo del frío de los años que del frío de invierno.





## ¡¡ Ahorcado !!

Era ya anochecido.

Juan pensaba en el trayecto que tenía que recorrer y el miedo se pintaba en su semblante.

La verdad es, que por aquellos caminos del diablo vagaban algunos malhechores, y el mozo no las tenía todas consigo. Con el temor de un mal encuentro no le llegaba la camisa al cuerpo.

—¡Maldito viaje!—murmuraba, y el caso es que tengo que estar esta noche en la aldea: me esperará mi madre con impaciencia rezando para que no me suceda nada... pero que les vayan á los bandidos con rezos, ni con misas; de misas es fácil que me lo digan ellos á mí...

Y Juan emprendió la marcha murmurando un credo y dándose al diablo, todo á un mismo tiempo.

La noche no era la más á propósito para andar por los campos, pues la luna, insolente muchas veces, escondíase otras, envolviendo la tierra en una semi-obscuridad nada tranquilizadora para nuestro héroe, que temblaba como un azogado. A cada momento deteníase sobrecogido de miedo; el menor ruido le parecía la voz de algún bandido, y esperaba un instante hasta que la luna, asomando su faz por entre los claros de las nubes, le facilitaba, gracias á sus rayos, el poder asegurarse de que sus temores eran infundados.

Ya empezaba á estar tranquilo, cuando en una de las revueltas del camino y junto á la alquería del tío Roque, le pareció oír voces extrañas. La luna se había escondido, y al pronto no pudo ver lo que pasaba á su alrededor; sólo si oyó una voz que gritaba con ronco acento:—Me las vas á pagar ¡ladrón! vas á morir ahorcado. A estas voces siguió algo muy parecido al ladrido de un perro, después rumor de pasos, crugir de ramas y blasfemias horribles.

Juan temblaba de espanto.—¿Qué iba á ser de él? ¿Qué pasaba á su alrededor? ¿Se estaba cometiendo un crimen?... Quiso gritar y no pudo, la voz se ahogó en su garganta.

En aquel momento brilló la luna, el joven lanzó un grito de horror. Ahorcado de un árbol vió un cuerpo que todavía luchaba retorciéndose en su agonía.

Juan no esperó más: hizo un supremo esfuerzo y echó á correr con dirección á la aldea; sus mismos pasos le parecían los de los bandidos que trataban de darle alcance.

Cansado y sudoroso penetró en las calles del pueblo. Su primera idea fué ir á su casa y acostarse, pero luego reflexionó: se trataba de un crimen y Juan ante todo era amante de la justicia. Puso el hecho en conocimiento del Alcalde y del señor Juez, los cuales ordenaron *acto seguido* que todos los mozos del pueblo, armados convenientemente, les acompañasen al lugar del suceso.

La orden de las autoridades se cumplió al pie de la letra, y una hora más tarde salía *la comitiva* compungida y triste con dirección á la alquería del tío Roque.

El Alcalde iba al frente de todos aquellos *valientes* animándoles con sus palabras y alardeando de una valentía que estaba muy lejos de sentir.

A medida que se acercaban al lugar *teatro del crimen* crecía el espanto de todos. ¿Qué iban á ver?...

Por fin llegaron, parándose todos, sin que durante largo rato se atreviesen á articular una palabra.

El Juez adelantó algunos pasos llegando junto al árbol. A pesar de su autoridad tenía tanto miedo como sus compañeros.

Era aquel un acto imponente.

El Juez, con las ceremonias del caso, preguntó:—¡Cadáver! ¿quién te ha muerto?

El ahorcado no contestó.

Entonces acercóse más al árbol, reconoció al difunto y... lanzó una estrepitosa carcajada.

El cadáver era el mastín del tío Roque, á quien su amo había ahorcado por habersele comido unas chuletas que tenía para cenar aquella noche.

¡.....!

El tío Roque era feroz en sus venganzas.

ENRIQUE PERIS SALCEDO



ACADEMIAS



La mujer es lo más bueno,  
la mujer es lo más malo;  
es para el hombre un veneno...





## De sobremesa

No obstante su reconocida sobriedad, don Vicente se dejó en tal noche como ésta (hace de ello un año justo y cabal) emborrachar completamente. A mitad de comida, el Medoc, un vino que según el inexperto varón se dejaba beber tan fácilmente y era más bien para señoritas que para hombres de pelo en pecho, se le había subido á la cabeza, y bastaron algunos sorbos de Moët Chandon y de Jerez para rematarle completamente. Presa entonces de una locuacidad que contrastaba singularmente con su reserva habitual, don Vicente se puso á hablar por los codos y á ensartar tonterías.

Angel Motilla, que era de los comensales el que más empeño había puesto en ponerle en tan crítico estado, le dirigió esta pregunta después de escanciarle otra copa de champagne:

— Y díganos usted, don Vicente : ¿ es verdad eso que dicen de usted ?

— Pues... ¿ y qué es lo que dicen ? — interrogó con premiosa palabra el ex comerciante en granos.

— Dicen que es usted viudo.

— Y es la verdad... soy viudo desde... desde... espere usted... eso es : viudo desde diez años á esta parte. No... digo mal... desde ocho años... ocho ó diez... no me acuerdo bien.

— Pues eso es lo que no comprendo — prosiguió Angel con su irónica flema ; — porque el ser viudo, supone necesariamente que fué usted casado : ¿ verdad ?

— Hombre, claro que sí.

— Ahora bien : por más que haga, no puedo explicarme que haya habido en el mundo una mujer capaz de apechugar con un hombre tan horrorosamente feo como lo es usted, y dispense el modo de señalar.

Todos nos echamos á reir, menos el aludido, cuyo rostro adquirió una expresión siniestra. Lo cual no contribuyó precisamente á embellecerle... Don Vicente podía pasar, en efecto, por un modelo de fealdad. Sobre su cuerpo rechoncho, patizambo, se erguía un cabezón desproporcionado, enorme, coronado por una espesa mata de cerdas rojizas matizadas de abundantes canas : el semblante bilioso, estriado de manchas sanguinolentas, presentaba á la vista del observador una nariz achatada, unos hocicos abultados, tres dientes amarillentos, dos mejillas colgantes, adiposas, unas cejas peladas, bajo cuyo arco miraban dos ojos de color indefinibles, vidriosos y apagados.

— Sí, es verdad... — tartamudeó con voz ronca — soy feo... muy feo... bien... bien lo sé. Pero á pesar de serlo, tuve mujer, y mujer guapa, reguapa...

— Y la pobre — interrumpió el terrible Motilla — se moriría de una indigestión de fealdad. Se explica.

Nuevas risas y nueva mueca de don Vicente, que tras una pausa añadió, esforzándose en dominar lo tartajoso de su voz alcoholizada.

— Pues, mire usted : á pesar de mi fealdad, no sólo tuve mujer legítima más bonita que no la tiene ninguno de ustedes, sí que también he tenido... queridas, y queridas superiores.

— ¡ Bien por don Vicente ! — gritamos en coro y desternillándonos de risa.

— Sí, señores... — continuó el hombre, irguiendo orgullosamente la anti-estética cabezota : — ¡ queridas celestiales !... Miren ustedes... miren ustedes... hace cosa de un año me ocurrió un lance curioso, piramidal... una aventura...

— ¡ Venga la aventura !... — exclamó todo el cenáculo.

Y Angel dijo con su fría y sarcástica impertinencia :

— Don Vicente, cuéntenos usted eso. Será una verdadera revelación, porque si hasta el presente hemos considerado á usted como un Quasimodo, nadie podía esperar que se ocultase bajo esa facha un seductor, un Tenorio.

Los ojos del hombre feo brillaron con extraño fulgor. Miró de hito en hito á Motilla, y le dijo, sonriendo, con singular expresión :

— Amigo mío : el hombre más horrible de la Creación puede serlo impunemente y



proporcionarse las hembras más hermosas, si tiene oro suficiente con qué pagar sus caprichos, sus coqueterías y sus debilidades : ¿ lo entiende usted ?

— Perfectamente ; pero créame usted : déjese de filosofías, y vayamos al cuento.

— A la historia, querrá decir. Sepan ustedes que hace un año se me presentó una dama... exquisita. Bella, elegante, distinguida, en fin : una perla.

— No exagere usted...

— No exagero. Si les dijese á ustedes quién era esa dama, pues todos los aquí reunidos la conocen muy bien, no habría nadie que no confesara su belleza, su elegancia y su distinción.

— Pues diga usted de quien se trata.

— Imposible : un caballero no comete jamás esas indiscreciones y no compromete nunca á la mujer que le ha honrado con sus favores.

El semblante y el acento de don Vicente tomaron, al decir eso, una expresión de dignidad tan cómica, que todos soltamos la carcajada.

— ¡ Qué delicioso es don Vicente ! — observó Angel. — ¡ Vaya !... entre usted en materia ¡ oh ! peligroso seductor ; pero díganos ante todo : esa dama, ¿ era viuda ó casada ?

— Casada. Y con un hombre que todos ustedes conocen también.

— ¡ Cáspita ! — exclamó uno de los comensales. — ¿ Y dice usted que ella se le presentó ?

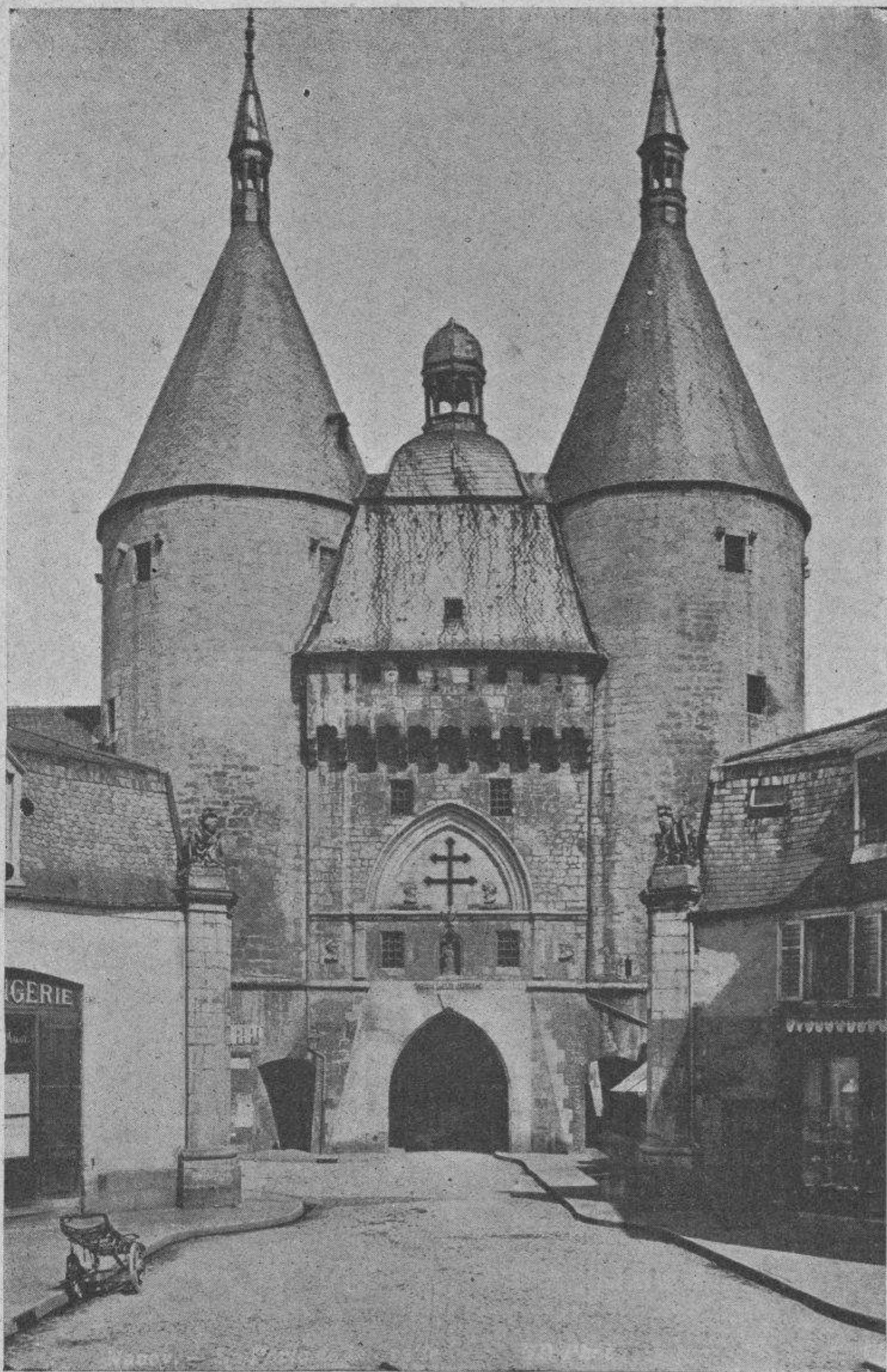
— Sí, señor : en mi propia casa. La pobrecita se veía en un apuro terrible : lo que les pasa con tanta frecuencia á las señoras de la buena sociedad : deudas, trampas, cuentecitas de la modista, del zapatero, del joyero... de... qué sé yo. Nada menos que dos mil duros debía la cuitada, y sin saber de donde sacarlos, porque lo que es con su marido no tenía que contar. Explicóme sus angustias, me enterneció profundamente, y como al fin y al cabo soy generoso... pagué los dos mil duros, y... algo más.

— ¿ Y ella ?

— ¿ Ella ?... pues ella pagó el capital y los intereses del préstamo... como puede pagarlos una mujer hermosa, amable y que quiere saldar escrupulosamente sus deudas. ¿ Qué opina usted del lance, amigo Angel ?

Pero Angel no contestó : su fisonomía, un momento antes encendida, estaba ahora pálida como la de un difunto y sus labios temblaban convulsivamente.

### ALREDEDOR DEL MUNDO



NANCY. — Puerta de la Graffe

JUAN BUSCÓN.





BOULOGNE. — El muelle

Los jueves, POR CRÍSPULO

Los Estados Unidos  
 en un Mensaje  
 demostrarnos intentan  
 su *Amor... salvaje*.  
 Y como no es difícil  
 ver la tostada  
 soltamos, al saberlo,  
*La carcajada*.  
 Empleando ese estilo  
 tan amatorio,  
 Mac-Kinley nos resulta  
*Don Juan Tenorio*.  
 Por la actitud que adopta,  
 fina y correcta,  
 debería llamarse  
*Doña Perfecta*.  
 Pero á los maliciosos  
 nadie nos quita  
 que allí se está ensayando  
*La Mascarita*.  
 Y si al fin son fundados  
 estos temores  
 pondremos en escena  
*Los domadores*.

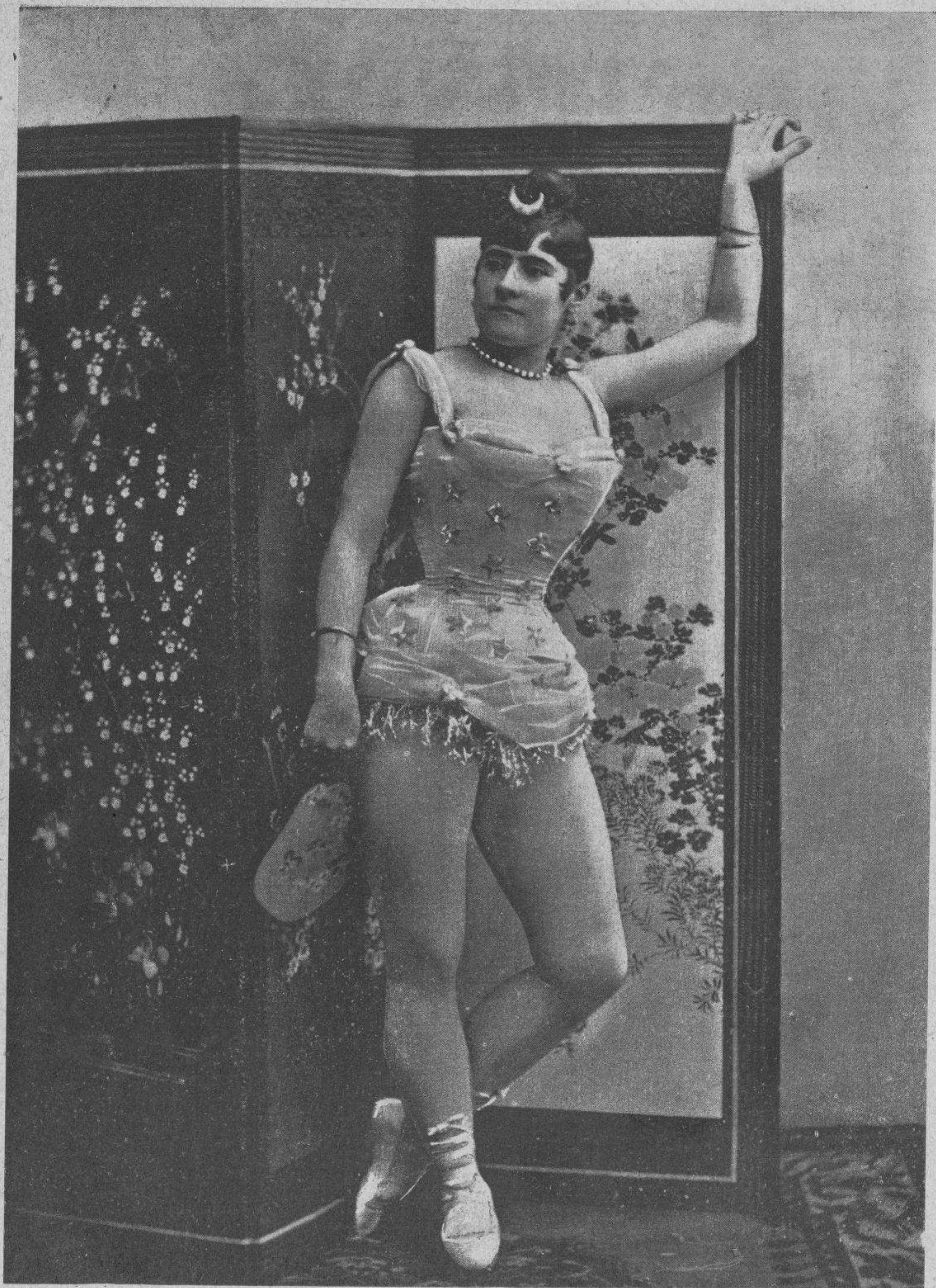
\* \* \*

¡Qué demonio! no es extraño que Maceo  
 viviendo, se sentara en una silla;  
 pues si estaba cansado, la manera

de descansar, es claro, buscaría;  
 ¿que sólo de una pieza era el asiento?  
 La cosa ¡vive Dios! es bien sencilla:  
 para labrar un tronco de palmera  
 todos los negros pueden ser artistas,  
 y hay muchos blancos ¡si los hay! no digo  
 que ese arte de labrar envidiarían,  
 entre ellos varios que redactan hojas  
 y deben ser llevados... á Melilla.  
 Pero sí que resulta, me parece  
 sorprendente y chocante la noticia  
 de que Weyler en Palma, osado, exponga  
 el asiento que usaba el cabecilla:  
 y más, que, para pasmo de las gentes,  
 recurra de un librero á la vitrina,  
 como si al fin y al cabo se tratara  
 de un libro de Galdós ó de Zorrilla.  
 En un cierto periódico he leído  
 que Cirujeda presentar podría  
 otro sillón auténtico, caribe,  
 de una pieza forjado, de una misma,  
 y por tanto de tronco de palmera,  
 igual, según se ve, que la otra silla.  
 En esto pasará, me lo figuro,  
 lo que siempre ocurrió con las reliquias,  
 que aparecen á un tiempo en diez lugares,  
 y si á juntarlas fuéramos, tendría  
 que verse un San Cristóbal con tres caras  
 y cuarenta ó cincuenta zapatillas.



CUARTOS DE ARTISTAS



Tienen razón los filósofos  
cuando nos dicen que el baile  
es el lazo del demonio.



CUARTOS DE ARTISTAS



¡Sólo me faltaba á mí  
que esas dos lindas mujeres  
se pusieran á reir



# Chilindrinas

EN TODAS PARTES CUECEN HABAS

Salomón, que con ser sabio no fué más que un Calínez de su tiempo, pensaba con mucha cordura al lamentarse de la soberbia humana, y asegurar que la gloria es transitoria sobre la tierra. *Sic transit gloria mundi.*

(Creo que encaja aquí perfectamente este latinajo, sacado del Diccionario de locuciones latinas, obra excelente para hacer eruditos á la violeta...)

Vamos al caso... No sé si ustedes sabrán, ó por si no lo sabían lo digo yo, que en Ermonville tiene, el ilustre Juan Jacobo Rousseau, tan citado por muchos y leído por muy pocos, un magnífico monumento, en el que se guardaban como reliquia de inestimable valor, las cenizas del famoso autor de *El Contrato social* y de las *Confesiones*.

Ha habido un caballero, el príncipe Radrivier (los señores cajistas pueden alterar, si les place, cualquiera de las letras de este nombre, por aquello de que á largas distancias grandes mentiras), que no sé debido á qué clase de influencias, ha logrado que fuera

abierta la tumba del insigne filósofo, y se ha encontrado... con que la tumba ¡estaba vacía!

Es decir, que el mausoleo de Rousseau no es más que un monumento decorativo, un sitio para que acudan en peregrinación los curiosos.

Este hecho ha recordado á un periodista de *Le Temps*, de donde están *timadas* estas noticias, algunas anécdotas que ponen de manifiesto la vanidad de la gloria. Cuenta el periodista que buscando un día la tumba de Rousseau en Ermonville, cuyo camino ignoraba, encontró á un campesino que trabajaba inclinado sobre la tierra, y al cual preguntóle por el lugar que con tanta ansia deseaba ver.

El buen hombre, levantó la cabeza, irguió el cuerpo, apoyó los brazos sobre el mango de la azada, y mirando de hito en hito al *chroniqueur*, repitió admirado:

—¿La tumba de Rousseau?

—Sí, de Rousseau. ¿No le conoce usted?

—¡No he de conocerlo!

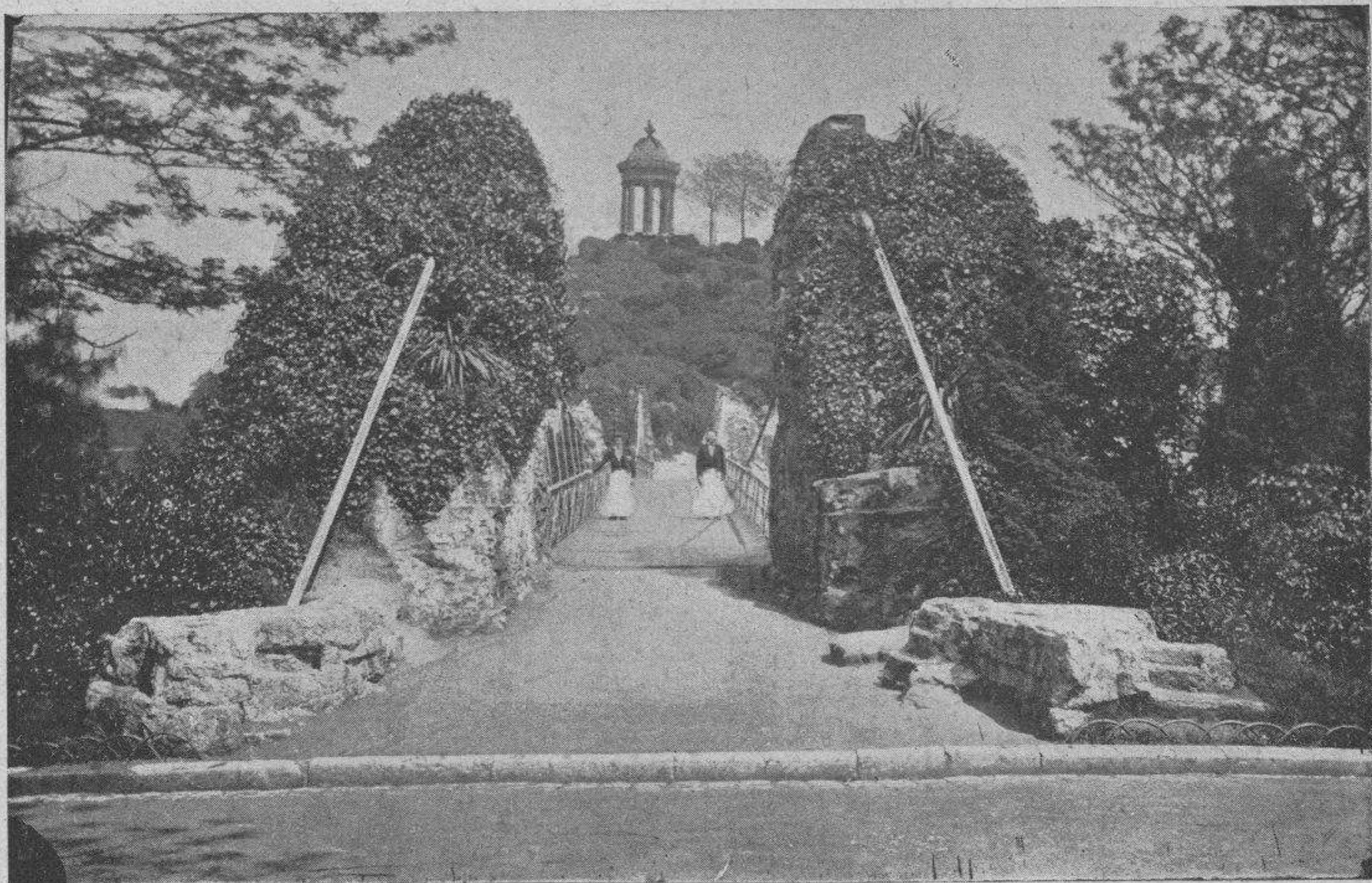
G. B. CANNESARI



La hija de Carlos I de Inglaterra

Copia de un original de Wan-Dyck (Academia de San Lucas de Turin)





BUTTES CHAIMONT. — El Parque

Y sonriendo con aire de superioridad, añadió:

— ¡Rousseau! ¡Sí, conozco á Rousseau! Como que fuimos juntos á la escuela... ¡Era el mejor carpintero de la comarca!

Otro día, encontrándose el periodista en Besançon, la patria de Víctor Hugo, encontró en la calle á un cartero, y preguntóle por la casa natal del ilustre poeta.

— ¿La casa de Víctor Hugo?... Víctor Hugo... Víctor Hugo... No me suena ese nombre; debe vivir en alguna casa de huéspedes...

Si tales cosas acaecieran en España, nos pondríamos nosotros mismos de bárbaros y de brutos que no habría por donde cogernos. Pero ocurridas en Francia ya es diferente.

Ese mismo redactor de *Le Temps*, que refiere sólo á título de curiosidad, que oyó no hace muchos días á una dama, al pasar por delante de Guy de Maupassant, el infortunado escritor, que tan bien estudió el alma de la mujer parisiense, exclamar: «¡qué hermosa cabeza de soldado! Debe ser un oficial muerto en el Tonkin...» si tiene la humorada de venir á España y preguntar á cualquiera por Sañudo Autran ó por Lucio Martínez, admirado de que nadie conozca á dos escritores de tan preclaro renombre, se habría desatado en insultos contra los españoles, repitiendo una vez más la frase que ha quedado como estribillo entre los franceses: «España, país de cafres...»

¿Qué no? Pues no sería la vez primera. En muchas ocasiones y por motivos más fútiles lo han hecho.

Por los periódicos aextranjeros, ha circulado, y puede que circule todavía, la noticia de que en España, el noventa y cinco por ciento de los españoles, confunden al Espartero con el general Espartero, y al poeta Zorrilla con el revolucionario Zorrilla.

Y digo yo ¿por qué ahora nosotros, en justa compensación, no hemos de hacer burla de esas simplezas y devolverles á los franceses uno por uno los palmetazos que nos propinan cuando les parece?...

¡Estamos tan acostumbrados á despreciar lo de casa y preferir lo ageno, aun cuando sea peor!...

Lo verdaderamente sensible es que no nos enmendamos, y continuaremos como hasta aquí por los siglos de los siglos. Es mal viejo para que pueda curarse.

JULIÁN PÉREZ CARRASCO.





## Una gacetilla más

Gonzalo Pinos y Pepe Andújar, los dos *reporters* más ilustrados del diario de avisos y noticias *La Baliya*, discutían acaloradamente una noche, separados por la maciza mesa de la redacción, sobre la que se hacían en confuso desorden, ilustraciones, folletos, libros de consulta y todos los periódicos del día, en cuyas columnas entraron á saco las tijeras de recorte.

Debatían ambos amigos, que lo son, y mucho. Pílates y Orestes les llamó cierta vez el revistero cómico de *La Baliya*; y tan simpática hallaron la alusión, que desde entonces firman sus trabajos empleando tan oportuno pseudónimo.

Pepe Andújar (Pílates), defendía con toda la grandeza de sus sentimientos y con toda la rectitud de su razón, el alto sacramento del matrimonio, peñón azotado, pero no rendido por las recias olas del positivismo contemporáneo; arca flotante sobre las impetuosas corrientes de las modernas costumbres; lazo de amor anudado por la mano de los ángeles...

— ¡Retórica, pura retórica! — interrumpió Gonzalo, abriendo el grifo á sus materialistas convicciones. — Los lazos sujetan, los nudos oprimen, las cadenas pesan y cansan. Ya sabes lo que significa *esposa* en manos de un criminal. ¡Oh, no! Horizontes, libertad, espacio inmenso en que agitarse: esa es la suprema aspiración del alma, el goce embriagador del espíritu. Créeme: el grito más filosófico que ha exhalado nuestro siglo, fué el de «¡abajo las cadenas!», aunque ellas sean tales como tú las pintas: de mirtos, azucenas y clavelitos de ciento en rama.

— Entonces ¿por qué te casaste? — replicó Andújar echando chispas.

— Porque sí; — contestó el otro tranquilamente. — Me casé por imprudencia temeraria, escasez de substancia gris, y por probarlo todo, algo así como hago en las fondas. Me hastié pronto; pero comprendí que era preciso tragar aquello y tomé mi nuevo estado como se deben tomar todas estas desgracias; con indiferencia y caridad propia, procurando animarme para sobrellevar lo que en los sueltos de pésame llamamos «tan irreparable pérdida». Y así vivo. Marido modelo, no molesto para nada á *mi señora* — (y Orestes recalcó la frase). — El matrimonio me va resultando una visita de confianza, pudiendo asegurarte que tanto mi mujer como yo vivimos así tranquilos y felices, ajenos uno á otro, con relaciones de indígenas y en plena autonomía de cantón.

El timbre del teléfono, con su sonido agudo y alarmante, cortó las últimas palabras del periodista.

Lanzóse éste al aparato, movió rabiosamente el manubrio, colocóse los receptores y preguntó:

— ¿Quién llama?

Reinó en la redacción un silencio absoluto, interrumpido solamente por estas palabras de Gonzalo:

— Aquí es... ¿Eh? ¿Un crimen?... ¿Ahora mismo? Sí, sí, vamos á escape. Hasta luego y gracias.

Separóse del teléfono, y poniéndose precipitadamente el gabán, dijo á Pepe:

— Vámonos, chico. En el cuarto distrito acaba de ocurrir un crimen; lo avisa el médico de guardia, que nos ofrece más detalles si le visitamos. Andando.

A los dos minutos, ambos amigos, bien provistos de cuartillas, cruzaban las solitarias calles en busca de impresiones y noticias. Iban ligeros y alegres, con la satisfacción del obrero que se dirige al trabajo.

Llegaron á los arrabales de la ciudad. Allá, al extremo de una oscura calle brillaba, como ensangrentada pupila de un monstruo invisible, el farol rojo de la casa de Socorro, en la que penetraron á los pocos momentos.

El médico era amigo de Pepe Andújar. Les recibió afable y bondadoso, porque pro-



fesaba, dijo, mucho cariño á la vida agitada del periodismo. Hízoles tomar asiento, ofrecióles un cigarro, y dijo con acento reposado:

— Ahora siento haber llamado á ustedes, por la incomodidad que les ocasiono. Mejor informado, veo que el suceso carece de aquellos caracteres excepcionales que han motivado mi aviso.

— En ese caso... — interrumpió Gonzalo.

— Sí, sí, hay crimen; pero vulgar, llano, sin abultamientos de verdadero drama. Una mujer casada, metida en malos tratos con un tahir, un perdido. Ella le pedía amor y él la pedía dinero. Así han vivido mucho tiempo, sin que el pobre marido sospechase nada. Esta noche, el amante, que iba borracho, ha exigido á esa mujer cierta cantidad que ella no ha podido reunir, y el infame, en un acceso de furor, ha dado tres puñaladas á la infeliz adúltera. Nada; asunto burdo, hechos ordinarios. Esto, como ven ustedes, es el pan nuestro de cada día... ¡Ah! el agresor ha huído, sin que á estas horas se le haya capturado.

Ambos periodistas, con una rapidez febril, trazaban apuntes sobre las blancas cuartillas. Tenía razón el médico; aquello era lo corriente, lo conocido, nada de novedad, nada de terrorífico. Era, como decía Gonzalo, una gacetilla más.

Cogió el médico un papel, que pisado por el enorme tintero asomaba sobre su mesa, y ofreciéndolo á los periodistas:

— Tomen ustedes, — dijo. — Ahí va el nombre de la víctima, que ella misma ha balbuceado momentos antes de morir.

Gonzalo, en su hambre de información, abalanzóse sobre la abierta papeleta. Fijó en ella su codiciosa mirada, y pálido, sobrecogido de terror y arrugando entre sus crispados dedos las cuartillas, exclamó con acento indefinible:

— ¡ Mi mujer !

V. SERRANO CLAVERO.

---

DEL NATURAL



Sitio pintoresco



## Soneto

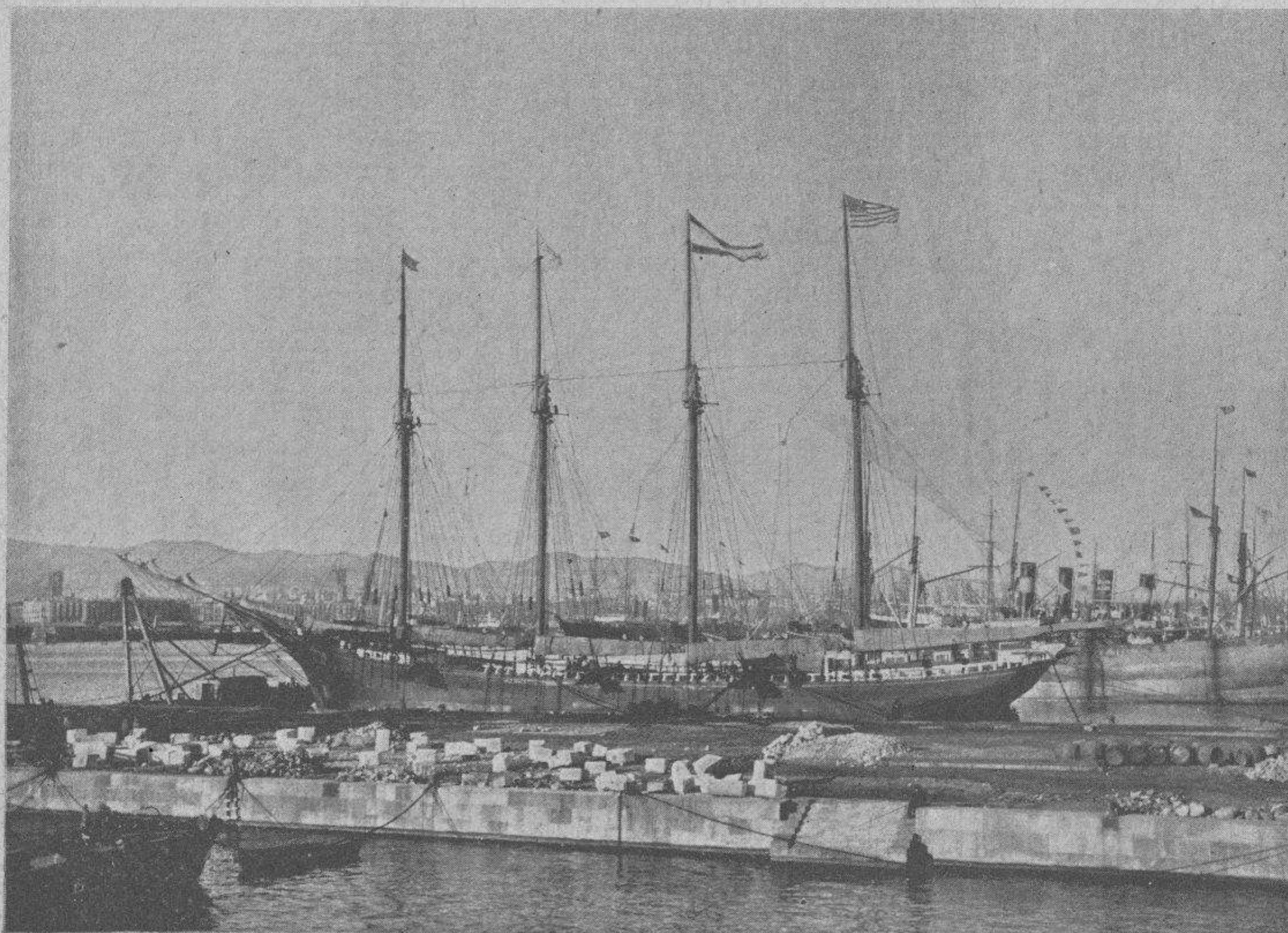
OLAS Y PERLAS

Haces bien cuando huyendo del amago  
De mi loca pasión enardecida,  
Fiera aseguras que jamás rendida  
Ha de mirarte mi amoroso halago.  
Bien dices que eres roca que el estrago  
Arrostras de la mar embravecida,  
Y yo la débil onda que rendida

Al chocar con tu mole me deshago.  
Pero es mejor que el tuyo mi destino.  
Aunque venzas al mar que te provoca,  
Y al soplo de los vientos no vaciles,  
La onda encierra en su fondo cristalino  
La blanca perla, y en la estéril roca  
Sólo buscan asilo los reptiles.

José J. HERRERO.

## MARINA NORTEAMERICANA



Pailebote de cuatro palo

Fot. A. Merletti

## ¡Infelices!

(TRADUCCIÓN)

Cayó una blanca helada en una noche  
de primavera. ¡Oh cielo!  
Y las blancas, las tiernas florecillas,  
se han marchitado, han muerto.

—  
Furtivamente amábanse dos jóvenes  
y de su casa huyeron;  
¡hurtadillas entrambos de sus padres  
fugáronse y no han vuelto.

—  
¡Infelices! vagando á la ventura  
y errantes anduvieron;  
víctimas tristes de su infausta estrella,  
se han marchitado, han muerto.

CONSTANTINO LLOMBART.

\*  
\*  
\*

En Alemania se han matriculado  
doscientas señoritas,  
entre las cuales las habrá bonitas  
y habrá feas también, por de contado,  
para seguir ufanas las carreras  
de médicas, legistas é ingenieras.

Apruebo sin exordios ni preludios  
que estudien esos bellos serafines,  
si hacen tales estudios  
para coser mejor los calcetines  
y hacer bien los domésticos quehaceres  
y todos sus deberes.

Para eso estudiarán, porque en el día  
sabiendo bien, por los sistemas nuevos,  
álgebra, leyes y patología,  
se fríe con más arte un par de huevos.

F. ESTRAÑI.



## El amor del diablo

Juan Sindientes era el hombre más feliz de Valdemoro. Poseía regular hacienda ; no tenía deudas que le quitaran el sueño, ni agraviados á quienes temer ; habitaba una casa de su propiedad, muy capaz y cómoda ; cumplía con la Iglesia, estaba por lo mismo á bien con el Cielo y adoraba en su mujercita, mucho más joven que él, con la que casó al llegar á los cuarenta y cinco, comprendiendo que le era forzoso buscar quien le cuidara durante la vejez, que, aunque con paso discreto, se aproximaba.

Cuando ocurrió el estupendo hecho que voy relatando, Josefa María era una mujer de veinticinco años, bajita y regordeta, con unos ojillos muy alegres, una voz muy fresca, de la cual la muy ladina sacaba partido siempre que se presentaba ocasión, unos labios rojos y apetitosos, y un par de hoyuelos en las mejillas que hacían que muchos buenos mozos envidiaran la suerte de Juan. Como su fortuna se lo permitía, aquella mujercita no se exponía á los rayos del sol, y conservaba un cutis fresco y rosado que la hacía aparecer mucho más joven de lo que era en realidad. Su persona, cuidada y llenita, recordaba esas manzanas que se conservan entre las ropas y que son más sabrosas cuanto más guardadas del aire se han tenido.

Con ser la admiración de propios y extraños, con tener muchos galanes que á escondidas de su marido la requebraban, jamás la asaltó un mal pensamiento y nunca faltó al respeto que á sí mismas se deben las mujeres honradas.

Transcurrían los días en perfecta calma en aquella casa, y nunca sonaban voces descompuestas ni estallaba una disputa. Diríase, además, que el ejemplo de aquel matrimonio tan bien avenido había ganado á todos los vecinos, porque era á la sazón Valdemoro un pueblo morigerado, si no muy culto, donde todas las virtudes domésticas tenían su morada.

El agente secreto que en el pueblo mantenía Lucifer por su cuenta, y que era un mozo de mulas muy guapo y arrogante, estaba descontento á más no poder porque nunca se le presentaba ocasión de servir su amor á medida de su gusto. Tan mal iban los negocios, que una noche, mientras dormía todo bicho viviente en el pueblo, bajó á los pro-



Embarcando para la misa que se celebra los domingos en el «Asilo Naval» Fot. A. Merletti



fundos infiernos, y encarándose con Lucifer, que estaba de un humor endiablado, le dijo :

— Señor : me aburro soberanamente en Valdemoro, y quisiera que me destinarais á otro punto.

— ¿ Cómo es eso ?

— Es que todo el mundo está satisfecho en ese pueblo de Dios— aquí Lucifer dió un respingo — y no hay disputas, y por lo mismo no hay quien se condene ni por casualidad. Mis convecinos se van derechos al cielo en cuanto estiran la pata, y no puedo conseguir ni un mal cliente.

— Eso será por torpeza tuya.

— No lo creáis. Allí todas las mujeres son virtuosas, todos los hombres unos benditos, y ni hay madrastras que lo sean ni suegras que riñan con los yernos.

Lucifer quedó un rato pensativo, y dijo al cabo :

— Bueno ; yo voy á remediar eso. Mañana vendré, y... veremos.

El esbirro volvió al pueblo, y al día siguiente, con gran admiración del vecindario, un caballero joven y apuesto, que aseguró ser el corregidor de la provincia, bajó del caballo á la puerta de la posada y pidió que le acompañaran á casa de Juan Sindientes.

El bueno de Juan le recibió con gran cordialidad, y le presentó á su mujer, de quien el corregidor se hizo lenguas y que se esponjó al verse alabada por tan real mozo. Este, durante la comida, guardó una circunspección honesta, y sólo alguna vez, como por casualidad, tocó con su rodilla la de Josefa María, que á tal contacto sentía un calor extraordinario, como si la hubiese tocado un ascua. Después de la sobremesa, Juan fué á dormir la siesta, y quedaron solos su mujer y el forastero, quien entonces, con una autoridad y un descaro sin límites, se permitió toda clase de libertades con la rica labradora. Si Juan no tenía dientes, el buen mozo, que reía y bromeaba en tanto que no daba descanso á las manos, los tenía soberbios y sin querer se le iban los ojos de la cuitada hacia ellos, pensando, también involuntariamente, en el apetito formidable que representaban.

El galán ponía cada vez cerco más apretado y la defensa flaqueaba de un modo lamentable. El fuego que brillaba en las pupilas del hombre se encendió en el corazón de la mujer. Y cuando hubo sentido el contacto de los dientes del desconocido que mordisqueaban en la mano, Pepa María no resistió más. Es de creer que aquella caída fué cuestión de dientes. ¿ Hubo ó no maleficio ? ¿ Era el galán afortunado el corregidor auténtico ó Pateta en persona ? La esposa del Sindientes no lo supo nunca, ni cuidó de averiguarlo. Pero lo cierto es que desde entonces, como si hubiese sido presa de un apetito desordenado, escandalizó al pueblo entero con su conducta ; fué causa de la muerte de su marido, que por haber expirado maldiciéndola fuése derecho al infierno ; desunió matrimonios, y fué piedra de escándalo.

Y en Valdemoro tuvo de allí en adelante Lucifer una magnífica colonia, y no se aburrió más el mozo de mulas : ¡ que tanto puede una mujer cuando es esposa de un Sindientes !

A. RIERA.

---

## Mi venganza

Te amé con toda mi alma,  
tú eras mi sola alegría,  
mi amor, mi ideal, mi Dios,  
mi preocupación continua;  
si estabas triste, lloraba,  
y si contenta, reía.  
Todo lo citaba en tí;  
esperanzas, alegrías.  
Tú ya de mi amor te ríes,  
te burlas de mis desdichas,  
¡ si tú vieras cuánto llanto  
me está costando tu risa !  
El mal que yo te deseo  
es el siguiente, chiquilla:  
Que te cases con un hombre  
que te consagre su vida  
y haga tu felicidad,

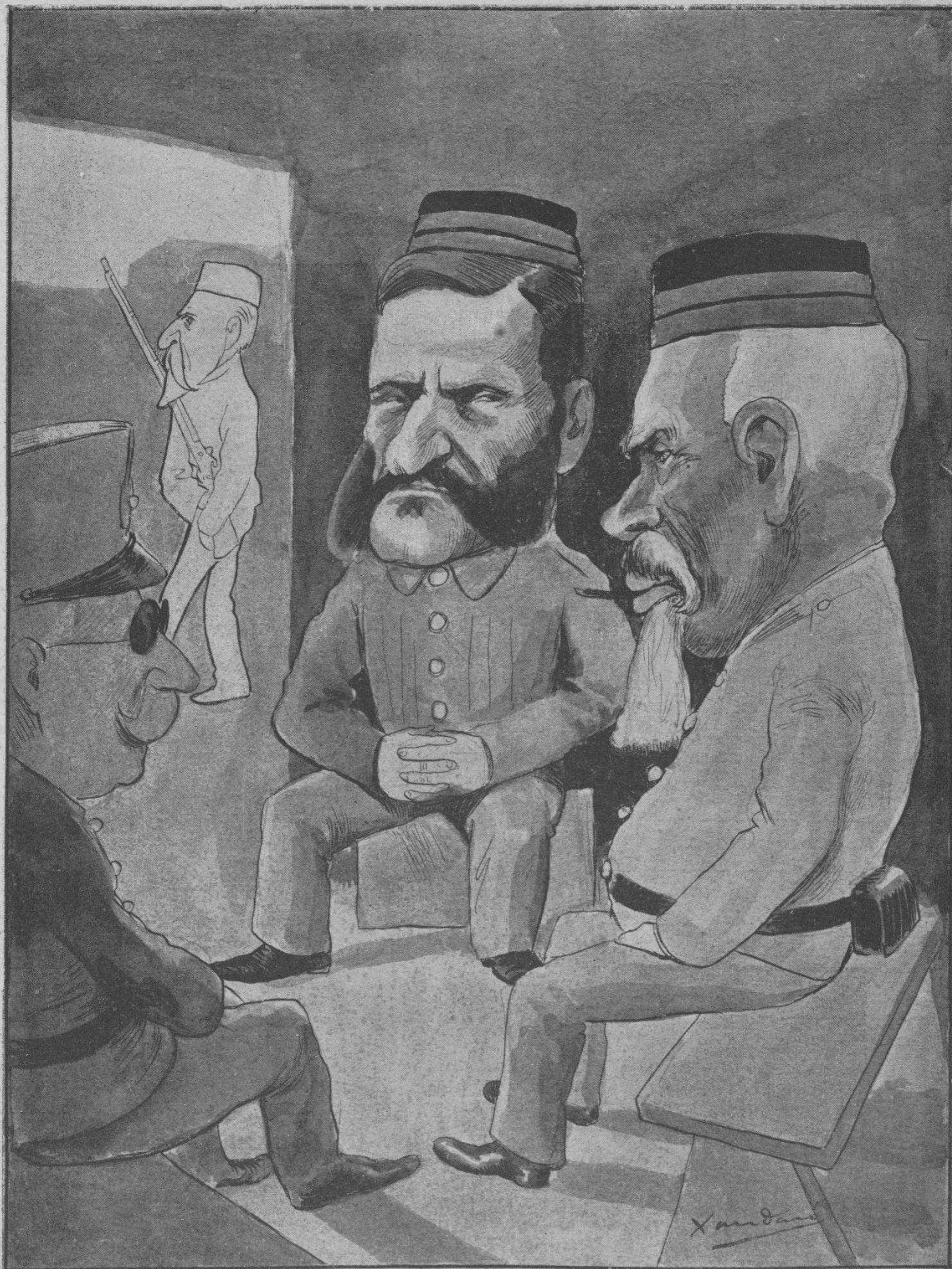
y que si tenéis familia,  
vuestros hijos os encanten  
con sus filiales caricias  
y animen vuestra vejez  
con atenciones solícitas.  
Y que cuando Dios te llame,  
tengas la dulce agonía  
del que deja amor abajo  
y espera la gloria arriba.

Esta es la sola venganza  
que desea el alma mía,  
porque el que ama como yo,  
no halla venganza más digna:  
volver por traición, cariño,  
y por penas. alegrías.

JOSÉ DOZ DE LA ROSA.



EL CUERPO DE GUARDIA, POR XAUDARÓ



— ¿Quién está en turno para relevar al centinela?  
— Me paice que eres tú, Martínez.





**ADVERTENCIA.** — Tenemos en preparación un magnífico **EXTRAORDINARIO**, que constará de 40 páginas y se publicará á primeros de año. Los señores **Corresponsales** que deseen que se les aumente el pedido, deben darse prisa á indicar el número de ejemplares.

Este extraordinario será el primero de la serie en que introducimos grandes mejoras, que esperamos reciba el público con el favor con que hasta aquí nos viene honrando.

El número de 40 páginas llevará texto escogidísimo é ilustraciones inmejorables, lo uno y lo otro de reputadas firmas.

Y á pesar de ello, repetimos, que el público sólo tendrá que abonar el doble de lo que cuestan los números ordinarios. Para los **Corresponsales** se señalará igualmente el doble del precio para ellos establecido por esta Administración.

Conque... ustedes dirán.



Después de casados, acordaron, Martigáñez y su esposa, que siempre que uno de ellos se encolerizase, el otro guardaría el más absoluto silencio. Ya se sabe que cuando uno no quiere, dos no riñen.

— ¿Y les ha dado buenos resultados el convenio?

— Magnífico. Eso sí, hace veinte años que el marido no dice una palabra.



La mujer, aunque débil, es la columna de hierro en que se apoya la felicidad del hogar.



— Es que no tenéis gancho, — les decía á sus tiernos pimpollos doña Antera. — Yo, cuando joven, sí que lo tenía, y llevaba razón: ¡era trapera!

F. A. CÁMARA.



D. Juan tiene á su suegra enferma de peligro. Llama al criado y le dice:

— Vaya usted á buscar un médico.

— Señor, aquí cerca viven dos: el doctor González y el doctor Mata.

— Llame usted al doctor Mata.



En una exposición de pinturas, dijo en son de broma un afamado sastre:

— ¡Qué exposición tan mala!

— ¿Por qué dice usted eso?

— Porque no hay en ningún cuadro ni una sola levita, ni un solo pantalón bien hechos.



El artículo de D. Francisco Collado, inserto en el número anterior, figura dedicado á D.<sup>a</sup> Aurelia Nogués, y debe leerse D.<sup>a</sup> Aurelia Nogué.

## Correspondencia

*Facundo Hipólito.* — Barcelona. — Empecemos bien, es decir, con indulgencia:

«¿Sabes tú mujer idolatadra  
porque te quiero y te requiero tanto yo á tí?  
Pues por eso, porque tienes  
muy hermosa la nariz.»

Lo peor del caso es que se llama usted Hipólito; busque usted un pseudónimo retumbante. Después dicen ustedes que sólo nos parece bueno lo que escriben *los ya conocidos*; y es porque ellos procuran tener un nombre que consueña.

L. M. T. — Barcelona. — «Fué una noche terrible; todos la recordaréis; el viento resquebrajaba los árboles y agrietaba las paredes; resonaba con horrible pavor; parecía que iba á desplomarse el techo sobre la cabeza, y el agua caía amenazando inundación.»

¿Y usted, qué hizo? ¿Ponerse salva-vidas ó avisar á los bomberos?

*Currillo.* — Cadiz. — ¡Guasón!

C. Q. V. — Valencia. — «Le dije yo á mi mujer,  
ponte las medias, morena...»  
apriétate bien las ligas,  
¡pate que no te vean.

Ya ve usted que así también versifico yo.

MAS. T. O. D. O. N. T. E. — Barcelona. — Bueno, Mastodonte, para leer eso no es necesario deletrear y se ahorra usted los puntos.

*Burro.* — Ecija. — También usted ha escogido acertadamente el pseudónimo. Usted es de los que llegarán... al establo.

T. F. M. — Valencia. — «Contemos más bien, hermosa sobre tu boca graciosa  
tantos besos dados ó perdonados.»

Jure usted, que eso es original, amigo; porque yo á mi vez juraría que Alfredo Musset lo ha dicho menos bárbaramente, aunque en su idioma.

Comptons plutôt ma belle,

etcétera.

Lija. — Cartagena. — No, señor, no; no es que yo no sea indulgente: es que ustedes lo hacen muy mal.

Tony. — Barcelona. — «Lluvia de rayos de oro  
son tus cabellos...»

Basta; no hay modo de complacer á ustedes. Veremos lo que dan de sí la semana próxima las muchas cartas que guardo en cartera.

# LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia  
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

—\* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN \*

España y Portugal, semestre . . .	6 pesetas
Año . . . . .	11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . .	17 »

Número corriente, 20 céntimos

Número atrasado, 30 céntimos

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

Tipografía LA ACADÉMICA, de Serra H<sup>nos</sup> y Russell, Ronda Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona